

Observaciones acerca de «¿La mirada imperialista? Los alemanes y la arqueología peruana» de Stefanie Gänger*

PETER KAULICKE

Pontificia Universidad Católica del Perú

pkaulic@pucp.edu.pe

La lectura del texto aludido en el título de esta nota me motivó a realizar algunos comentarios con el fin de aclarar posibles malentendidos que pudiera provocar en lectores poco adentrados en el tema. De ninguna manera me guía el afán de criticar a la autora desde una posición supuestamente privilegiada, pero sí brindar unos alcances como alguien sumamente interesado en el asunto, ciertamente poco estudiado.

Gänger no tiene la intención de presentar una sinopsis de aportes alemanes a la arqueología peruana, como podría desprenderse del título de su trabajo, sino concentrarse en tres individuos interrelacionados: Wilhelm Reiss, Alfons Stübel y Max Uhle. Ernst Middendorf o Heinrich Brüning, ambos con aportes significativos a varios campos de las ciencias humanas, entre los que figuran importantes datos arqueológicos, no merecen su atención. A propósito de esto, es preciso diferenciar entre la arqueología como disciplina científica y académica e intereses más o menos definidos dentro de una «arqueología» *avant lettre*. Es justo esta diferenciación la que le parece problemática a la autora: «la idea de [...] la superioridad metodológica, tecnológica y cultural justificaba [...] la exploración y exportación de los artefactos antiguos» (p. 78). Métodos

* El texto en mención fue publicado en *Histórica*. XXX/2 (diciembre 2006), pp. 69-90.

y técnicas de carácter científico aún hoy en día caracterizan la arqueología moderna tanto en Alemania como en otras partes del mundo y, por lo tanto, no justifican en sí el expolio. Estos fueron desarrollados en Europa durante el siglo XIX y luego aplicados en, prácticamente, el mundo entero a lo largo del XX.

En lo que sigue voy a concentrarme en dos puntos: 1) los aportes de Uhle y su propia justificación de los mismos y 2) el problema algo artificial de la denominación de «padre de la arqueología peruana» y sus diferentes candidatos al título, en particular Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz. Obvio los papeles de Reiss y Stübel ya que sus contribuciones se limitan a la publicación, ciertamente impresionante, sobre Ancón (1880-1887); de otro lado, el trabajo de Stübel sobre Tiahuanaco se publicó gracias a la influencia decisiva de Uhle.¹

LOS APORTES DE UHLE

En sus más de cuarenta años de estadía en cinco países de Sudamérica, Uhle excavó e investigó en tantos sitios de la costa occidental del subcontinente como nadie antes y después de él. Organizó museos en Lima, Santiago de Chile y Quito. Además, se interesó en temas de historia, lingüística y antropología, alcanzando su bibliografía general más de 280 títulos. Colecciones de fotografías y otras piezas y documentos suyos, en su mayoría inéditos, se encuentran actualmente en el Instituto Iberoamericano y el Museo de Etnología, ambos en Berlín; las colecciones de piezas arqueológicas están en la Universidad de California Los Ángeles, en Berkeley; la Universidad de Filadelfia; el Field Museum; y en Lima, Santiago de Chile y Quito. Este enorme cúmulo de trabajos y de material dista mucho de la breve referencia que la autora dedica a la excavación de Uhle en Pachacámac, lo que podría hacer pensar que dicha labor científica condujo al arqueólogo alemán cuasi directamente a la elaboración de su cronología. Además de ello, los trabajos de Uhle

¹ Stübel, Alfons y Max Uhle. *Die Ruinenstaette von Tiahuanaco im Hochlande des alten Peru. Eine kulturgeschichtliche Studie auf Grund selbstaendiger Aufnahmen*. Leipzig: Verlag von Karl W. Hiersemann, 1892.

hacen inútil una comparación entre él y Reiss y Stübel, los que solo, y en forma casi accidental, dedicaron un tiempo corto a sus investigaciones en Ancón. Es más, Uhle excavó varias veces en el mismo lugar con resultados más consolidados.

Pero hay otra diferencia significativa entre los tres alemanes aludidos. Reiss y Stübel «financiaron sus viajes con su fortuna privada» (p. 79), como señala la autora con razón. Uhle, en cambio, si bien provenía de una familia burguesa, como los antes mencionados, tuvo muchas privaciones de orden económico desde su formación profesional en Alemania hasta su muerte. Ninguno de sus trabajos financiados o contratos le duró por un tiempo prolongado; a lo largo de su vida dependió de mecenas privados, de instituciones o del dinero de gobiernos, como en los casos del Perú y Chile. Esta situación precaria resultó en privaciones personales y familiares. Su esposa falleció en Alemania, víctima de una enfermedad que contrajo en Sudamérica, sin que Uhle pudiera asistirle o regresar a su país, como había pensado. Hasta su vejez fue poco placentera: murió en un hospital y fue enterrado en una tumba colectiva cuya ubicación se desconoce. Así pues, su vida se caracterizó por dependencias cambiantes de entidades y personas que difícilmente le hubieran permitido una actitud arrogante de nacionalista, imperialista o paternalista. Con ello no quiero negar que Uhle, en efecto, tenía convicciones nacionalistas bastante extremas, sobre todo en contra de los estadounidenses,² que, por lo que se sabe, no se extendían a los sudamericanos. Críticas a colegas peruanos, como en el caso de Riva-Agüero, se limitan a su trabajo científico, debido a deficiencias detectadas por él. Estas solían ser fundadas y no han perdido valor en la actualidad.³ Sin embargo,

² Kaulicke, Peter. «Auswirkungen Uhles auf die Entwicklung der Archäologie Perus». En Wolff, Gregor (ed.). *Die Berliner und Brandenburger Lateinamerikaforschung in Geschichte und Gegenwart, Personen und Institutionen*. Berlin: Wissenschaftlicher Verlag, 2001, p. 350.

³ Kaulicke, Peter. «La polémica Riva-Agüero vs. Uhle, su trasfondo y sus implicancias». *Boletín del Instituto Riva-Agüero*. 21 (1994), pp. 135-145; y Cerrón-Palomino, Rodolfo. «Examen de la teoría aimarista de Uhle». En Kaulicke, Peter (ed.). *Max Uhle y el Perú antiguo*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, pp. 85-120.

sus observaciones a trabajos de índole indigenista en pos de una glorificación del Perú antiguo lo convirtieron en un antipatriota, por lo que se le castigó reduciendo su aporte al de un simple «excavador, perito en diferenciar las capas superpuestas». ⁴ Otra cita que muestra que esta actitud se mantiene en la actualidad proviene de un trabajo reciente de un arqueólogo peruano:

Tello y Uhle son indudablemente dos pilares opuestos de la arqueología peruana. Tello representa el nacionalismo de una arqueología comprometida con el presente. Uhle es el investigador extranjero encerrado en un gabinete de trabajo, ignorando el presente, la identidad nacional y la conservación de los monumentos arqueológicos, actitud seguida hasta la fecha por todos los arqueólogos extranjeros que trabajan en el Perú. Más aún creemos que son pilares distintos en la consecución de la arqueología como ciencia, aspecto que se hace notar después de la muerte de Tello. ⁵

Es evidente que el citado autor presenta clichés que glorifican el indigenismo nacional o nacionalista y, en forma consecuente, condenan todo lo no indígena, sin preocuparse en sustentar estas aseveraciones. Con ello, el nacionalismo de Uhle es negativo, mientras que el de Tello es positivo. El arqueólogo alemán no tenía mucho tiempo de encerrarse en un gabinete —que, dicho sea de paso, no poseyó ya que siempre tuvo la obligación de entregar el material que extraía de sus excavaciones en forma casi inmediata—, no podía darse el lujo de ignorar el presente y sí se preocupaba por la conservación de los monumentos, hasta el punto de proponer una ley al respecto, como indicaré más adelante.

Queda por preguntarse de qué manera podría detectarse la actitud imperialista o nacionalista de Uhle en sus escritos. Una crítica de la autora se dirige contra el supuesto desprecio, por parte del arqueólogo alemán, de los cronistas de los siglos XVI y XVII. Uhle, sin embargo, se refiere exclusivamente a aquellas partes de las crónicas que tratan de

⁴ Kaulicke, «Auswirkungen Uhles», p. 352.

⁵ Morales Chocano, Daniel. «Historia arqueológica del Perú (del Paleolítico al Imperio Inca)». En Milla Batres, Carlos (ed.). *Compendio histórico del Perú*. Lima, 1994, vol. I, p. 69.

situaciones anteriores a la llegada de los españoles, al no haber otro tipo de información para confirmarlas o rechazarlas. Una solución, para Uhle, es la historia como «una filosofía que debe hacer comprender las fuentes de que el estado ha nacido, i cuya multiplicación i desarrollo lójico tiene que dar como un resultado forzoso todo el desenvolvimiento hasta su fin», refiriéndose, entre otros, al moderno Estado peruano.⁶ Existe una historia que se inicia con la llegada de los europeos y otra anterior que depende de los recursos arqueológicos, antropológicos y lingüísticos:

Como en el mundo antiguo en la arqueología egiptia, babilónica, prehelénica, etc., no solo se buscan i describen nuevos restos antes no conocidos, sino se los usa al mismo tiempo para la reconstrucción del desarrollo de las civilizaciones pasadas una de otra, de los factores que han contribuido a formarlas, de sus migraciones, paulatina estención, de las causas que sirvieron a producirlas i después a perderlas, entonces para la reconstrucción de su historia, de la misma manera el término arqueología con los restos dejados por los antiguos americanos parece justificado i solo debería aplicarse, si prescindiendo de fines puramente descriptivos el arqueólogo es capaz de utilizarlos en la reconstrucción del movimiento de las naciones pasadas según los métodos desarrollados en Europa.⁷

Me parece que estas ideas aún son válidas como principios de la arqueología y no son reflejo de un imperialismo europeo. Lo interesante es su conclusión de que cada Estado moderno americano carece de una conciencia histórica (o identidad) y es la arqueología la que podría fundamentarla con una historia tan larga como las del Viejo Mundo. Dichas historias, sin embargo, están interconectadas, por lo que aboga por una internacionalización de las «arqueologías» nacionales o nacionalistas. Cito a Uhle para aclarar esta idea:

⁶ Uhle, Max. «Conveniencia de dictar una ley uniforme en los países americanos para proteger y estimular el estudio y recolección de material arqueológico y antropológico». En *Proceedings of the Second Pan American Scientific Congress*. Washington, U.S.A., Monday, December 27, 1915 to Saturday, January 8, 1916, Section I, Anthropology, Vol. I, Washington, 1917, p. 386.

⁷ *Ib.*, p. 387.

Por su configuración geográfica especial el continente americano formó, más que las otras grandes partes de nuestro planeta, una unidad también con respecto al origen de su población antigua i al desarrollo de sus civilizaciones. Más que en otras partes del mundo se imponen por eso problemas sobre las cunas de su primera inmigración i la afinidad de sus razas con otras [...] Los tipos [«raciales»] de la antigua población presentan una enorme variedad en el norte i sur, i casi en todas partes simultáneamente, cuya descendencia u origen sólo se puede aclarar con el concurso científico de todos los países [...] También la unidad en el desarrollo de las civilizaciones es más grande en América que en cualquier otro continente de iguales dimensiones [...] El enorme número de tribus indígenas de diferente hábito, lenguas i costumbres, que llena el continente americano i lo llenaron más al tiempo de la conquista se presentan sin embargo en un número pequeño de diferentes niveles de cultura general despertando la idea de que diferentes olas de graduada civilización se habrían sobrepuesto una a otra en el curso de muchos siglos.⁸

Por todo ello, reclama establecer un

jus historiae antiquae americanae entre las naciones americanas, no para subyugarlas, no para imponerles una voluntad superior localizada en una u otra parte, sino para fortalecer a cada una de ellas individualmente, facilitándoles que se armen con las armas de la historia contra cualquier pretendiente interior o externo, i mutuamente contra cualquiera que viniera a probar que no ocupan en su totalidad el continente con título o justicia.⁹

Este no es el lugar para analizar estas ideas *in extenso*. Dejo esta tarea a las personas interesadas en leer el texto completo en una reedición que publiqué en 1998. En todo caso, quizás no sea demasiado exagerado el título honorífico que Philip Ainsworth Means le diera a Uhle en 1921: «Platón de la filosofía arqueológica andina». ¹⁰ Con ello llego al siguiente punto, el problema de la búsqueda de un «padre de la arqueología peruana».

⁸ Ib., p. 400.

⁹ Ib., p. 403.

¹⁰ Cit. en Bischof, Henning. «Los orígenes de la civilización centroandina en la obra de Uhle». *Indiana*. 15/39 (1998), p. 61.

EL «PADRE DE LA ARQUEOLOGÍA PERUANA»

Si bien no se suele tener mayores reparos en aceptar que Uhle es el «padre de la arqueología científica o moderna en el Perú» y Julio C. Tello el «padre de la arqueología nacional», resulta comprensible que haya sentimientos adversos en aceptar que un extranjero ocupe la mencionada posición. Pero dada la cercanía en el tiempo entre ambos personajes, se impone la búsqueda de otro «padre» anterior. La autora propone que este título debería corresponder a Mariano Eduardo de Rivero y Ustáriz (1798-1857), quien se destacó en varios campos de las ciencias naturales, pero publicó también algunos trabajos sobre el pasado prehispánico. Gänger no es la primera en proponerlo. Ya en la traducción al inglés de la obra que está en el meollo del problema, es decir, *Antigüedades peruanas*, se sostiene que Rivero es una especie de Garcilaso tardío: «We have then here the last account of Peru by a native, at a date as late as 1851».¹¹ Gracias a una publicación de César Coloma, quien defiende la tesis de que Rivero es el padre de la arqueología, se tiene acceso a los trabajos respectivos del estudioso decimonónico reproducidos en facsímile.¹² El problema aludido surge por la publicación no autorizada de una carta del suizo Johann Jakob von Tschudi en la que escribe lo siguiente:

la obra sobre las Antigüedades Peruanas del Sr. Rivero, en la que puedo decirlo sin embazo, que a despecho mío figuró mi nombre. He vigilado la ejecución de sus láminas, y he aumentado los materiales del Sr. Rivero con varias hermosas piezas de mi colección; pero el texto, con excepción del segundo y quinto capítulo, es trabajo del Sr. Rivero, y tuve aún que luchar fuertemente para quitar de los manuscritos muchas aserciones y las hipótesis desprovistas de toda base científica.¹³

¹¹ Rivero y Ustáriz, Mariano Eduardo de y John James von Tschudi. *Peruvian Antiquities*. New York: G. P. Putnam, 1853.

¹² Coloma Porcari, César. *Los inicios de la arqueología en el Perú o «Antigüedades peruanas» de Mariano Eduardo de Rivero*. Lima: Instituto Latinoamericano de Cultura y Desarrollo, 1994.

¹³ Véase «Dos cartas sobre arqueología peruana». *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima*. 1/6 (1891), p. 233. Originalmente aparecieron con el siguiente título: *Deux lettres à propos d'archéologie péruvienne. Première lettre: le Dr. J. J. von Tschudi a M. F. López*

Raúl Porras Barrenechea interpreta este pasaje como prueba de que Rivero es el verdadero autor del libro,¹⁴ mientras que Coloma va un paso más allá y considera la actitud de Tschudi como antiética y desprestigiadora.¹⁵ Esta crítica, sin embargo, es precipitada, ya que no toma en consideración el contexto. Tschudi se vio irritado por las críticas de unos argentinos que le parecieron injustificadas, comentarios que lo ofendieron por su «arrogancia incomprensible», surgida de la ignorancia. La respuesta del argentino Vicente Fidel López a la carta aludida es un buen ejemplo de una actitud política con clara intención de provocar las reacciones que, en efecto, se dieron. Si bien podría parecer algo exagerado indagar más en esta politización innecesaria y dañina de una de las partes, habría que comparar los trabajos de ambos previos a la famosa obra *Antigüedades peruanas*.¹⁶ Rivero es el autor de dos versiones anteriores de *Antigüedades peruanas*, de 1827 y 1841 (ambas reeditadas por Coloma en 1994), mientras que Tschudi publicó su trabajo *Peru. Reiseskizzen aus de Jahren 1838-1842*, en 1846.¹⁷ Del trabajo de Rivero de 1827 citaré a modo de ejemplo la siguiente frase: «No admite duda que Quetzalcoatl, Bochica, Manco Capac y demás reformadores de la América Central, eran sacerdotes budistas que, por su doctrina superior y civilizatriz, consiguieron señorear los ánimos de los indígenas y elevarse a la supremacía política».¹⁸ Rivero cita también trabajos de

[Vienne, 18 de décembre 1877]. *Deuxième lettre: M. Vicente Fidel López au Dr. J. J. von Tschudi [s.f.]*. Buenos Aires: C. Casavalle, 1878.

¹⁴ Porras Barrenechea, Raúl. *Fuentes históricas peruanas (Apuntes de un curso universitario)*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 1964.

¹⁵ Coloma, *Los inicios de la arqueología*.

¹⁶ Rivero y Ustáriz, Mariano Eduardo de y Juan Diego de Tschudi. *Antigüedades peruanas*. Viena: Impr. Imperial de la Corte y del Estado, 1851.

¹⁷ Tschudi, Johann Jakob von. *Peru. Reiseskizzen aus den Jahren 1838-1842*. Sankt Gallen, 1846. La versión en castellano lleva por título *El Perú. Esbozos de viajes realizados entre 1838 y 1842*. Traducción de Peter Kaulicke. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003.

¹⁸ Rivero y Tschudi, *Antigüedades peruanas*, 1851, p. 12. Véanse versiones parecidas en Rivero, *Antigüedades peruanas*, 1827 (en Coloma, *Los inicios de la arqueología*, p. 77) y *Antigüedades peruanas*, 1841 (ib., p. 91). En esta última obra, Rivero admite que estas

dudoso valor científico, como *On the Conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez, and Talomeco in the Thirteenth Century, by the Mongols*, de John Ranking.¹⁹ En su obra de 1846, Tschudi describe, en forma detallada, el museo cuyo director fue Rivero y opina que «[c]arece de importancia científica semejándose a aquellas colecciones de curiosidades, reunidas por diletantes que guardan todo lo que les parece interesante».²⁰ Los huesos, considerados de gigantes, los identifica como de «ballena, algunos de ellos fósiles de cetáceos». Cabe señalar que Tschudi poseía una sólida formación como zoólogo, por lo que estos comentarios no se deben interpretar como arrogancia paternalista, sino como una simple constatación de orden científico.

Una comparación cuidadosa entre la obra de Tschudi de 1846 y el contenido del trabajo conjunto publicado por él y Rivero en 1851 deja en claro que este último se parece mucho a lo que el suizo publicó cinco años antes y, por lo tanto, le corresponde más a él la autoría que a Rivero. Esta afirmación es respaldada por 29 cartas del suizo al peruano en las que aquel refiere, en forma detallada, la oferta que recibió del hermano de Rivero de encargarse de la obra, los envíos de sus publicaciones a Mariano de Rivero y su colaboración a distancia, que le resultaba complicada.²¹ De otro lado, Rivero se molestó por el sentido crítico de Tschudi, ya que temió que esta actitud pudiera perjudicar la venta de la obra. De todo lo anterior queda claro que a) se justifica plenamente la coautoría de Tschudi en la obra de 1851 y b) se perciben actitudes

ideas provienen de Alexander von Humboldt (ib., p. 95). Se trata, por lo tanto, de un ejemplo de erudición colonial con préstamos de ideas europeas.

¹⁹ Ranking, John. *On the Conquest of Peru, Mexico, Bogota, Natchez, and Talomeco in the Thirteenth Century, by the Mongols, accompanied by Elephants, and the Local Agreement of History and Tradition, with the Remains of Elephants and Mastodons, found in the New World*. London: Longman, Rees, Orme, Brown & Green, 1827. En *Antigüedades peruanas*, 1841 (Coloma, *Los inicios de la arqueología*, pp. 96-97), Rivero le da amplio crédito a las afirmaciones de Ranking, vinculándolas con las de Garcilaso sobre supuestos huesos de gigantes (elefantes).

²⁰ Tschudi, *El Perú*, p. 76.

²¹ Ugarte y Ugarte, E. L. «Cartas de Johann Jakob von Tschudi a Mariano Eduardo de Rivero (1847- 1857)». *Revista Universitaria Arequipa*. 50 (1962-1963), pp. 227-367.

opuestas entre el suizo y el peruano. Este último permaneció en una mentalidad colonial, altamente influenciada por la política nacional de una república apenas nacida. Tschudi, en cambio, pudo gozar de una actitud crítica dentro de conceptos vinculados con la formación inicial de las ciencias modernas.²²

CONCLUSIONES

Debo confesar que los argumentos presentados no obedecen al afán de criticar a la autora del artículo que los motivó, sino a aclarar malentendidos frecuentes que existen, sobre todo en círculos de neoindigenistas, con respecto al inicio de la arqueología en el Perú y los papeles desempeñados en su formación por peruanos y extranjeros. Es evidente que la Europa del siglo XIX, especialmente la del periodo 1850-1900, se convirtió en escenario de cambios significativos en la percepción del mundo al buscar formas más controlables e independientes de entender sus fenómenos. Por lo tanto, es lógico que estos cambios se introdujeran en el mundo extraeuropeo por medio de aquellos que formaron parte de este desarrollo. Si bien esto se dio de modo paralelo a la expansión colonial de Europa, la última dentro de una justificación imperialista, ello no significa que existiera una interrelación causal entre ambos fenómenos.

En el caso de la arqueología, se trata de una reorientación del estudio del pasado que se centra en los restos físicos, lo único que se conserva en ausencia de fuentes escritas. Es la única posibilidad de iluminar la oscuridad de espacios temporales enormes. El tratar de vincular estos espacios en forma directa con el presente con fines políticos implica un condicionamiento que limita y tergiversa su potencial de comprender sociedades desvinculadas de nosotros por el espacio y el tiempo. Como lo entendió Uhle, son los cambios los que permiten definir la historia, sin que él u otros negaran la relevancia de continuidades que tanto les

²² Para más referencias, véanse Kaulicke, Peter. «Visiones del pasado de Johann Jakob von Tschudi». En Kaulicke, Peter (ed.). *Aportes y vigencia de Johann Jakob von Tschudi*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 2001, pp. 75-95; e «Introducción». En Tschudi, *El Perú*.

preocupan a los neoindigenistas. Resulta poco fructífero crear oposiciones estereotípicas entre extranjeros como imperialistas empedernidos e indigenistas nacionales como herederos privilegiados de una especie de «sabiduría milenaria genética». Los discursos políticos caracterizaron y caracterizan más a los sudamericanos que a los europeos, incluidos los alemanes. El tratar de encontrar una politización semejante en Uhle u otros alemanes como Middendorf o Brüning es incluso menos prometedor. Probablemente, muchos de ellos tenían convicciones nacionalistas más o menos evidentes, pero estas no se fusionaron en sus trabajos publicados o los condicionaron; no obstante, este afán de separación no convierte las producciones alemanas en ciencia pura ni las de los sudamericanos o peruanos en pura política. En todo caso, como he querido demostrar con el análisis del caso de Uhle y también con el de la controversia entre Tschudi y Rivero, conviene matizar al momento de indagar en las circunstancias específicas con el fin de evitar generalizaciones y juicios condicionados que carecen de relevancia mayor. Me parece preferible rescatar los logros duraderos de peruanos y extranjeros en el camino hacia una mayor comprensión del Perú antiguo, en el cual nadie está especialmente privilegiado ni desfavorecido.



